

tuación que de antemano previó. Pero al encontrarse envuelto en las dificultades que surgieron del amago de la expedición española al Río de la Plata, su marcha empieza á ser vacilante, y se le ve oscilar entre dos corrientes encontradas. Ora se resigna á permanecer á la expectativa de los sucesos ó se decide por la inmediata marcha al Perú, cuando la expedición anunciada parece disiparse; ora renuncia francamente á la empresa del Perú, le pide su escuadra á Chile para contrarrestar la invasión peninsular y combina nuevos planes para rechazarla en las márgenes del Plata, cuando considera amenazada la base de operaciones de su campaña continental; y cuando parece que va á tomar un rumbo, trepida y se detiene, y luego que se penetra que la expedición española no es un peligro serio, ó que puede conjurarse atacándolo como Scipion en Cartago para salvar á Roma, retrocede y permanece á la expectativa. Por último, cuando comprende que la guerra civil que le repugna, y que juzga con criterio de fatalista, va á arrastrarlo á su vorágine, á disolver su ejército, esterilizándose sus fuerzas para su patria y para la América, vuelve como la aguja imantada á tomar su dirección y se lanza resueltamente á cumplir su destino americano. Desde este instante, guardando su impenetrable secreto, su papel vuelve á ser doble en lo ostensible, y como el símbolo de dos caras y sin pies de los antiguos, marca el doble término en los Andes, presenta al mundo la cara iluminada por la gloria, y á la patria de que se divorcia la cara oscura, llevándose él su programa revolucionario, sus armas y su bandera emancipadora. Tal es el gran momento psicológico famoso en la vida de San Martín, el momento que presagia su desobediencia, la determina y marca el punto culminante de su carrera de libertador americano.

VI

Al finalizar el año XIX, las Provincias Unidas se hallaban en plena descomposición política. Sin un gobierno eficiente que dominase la situación, y con un gobierno sin ideas ni punto de apoyo en el país, sublevado en el litoral y pronto á levantar sus armas contra él todo el interior; enervado el espíritu público de la capital, centro del poder; minados los ejércitos: extraviados los poderes públicos en planes insensatos de monarquismo, que asumían el caracter de una tenebrosa conjuración, para corregir la anarquía que fomentaban por tales medios; rebelada moralmente la opinión de todas las clases del pueblo contra el gobierno general; era una situación perdida, que el director Pueyrredón entregara sin fuerzas, después de agotarlas en la tarea del gobierno, y que debía perderse fatalmente en manos del director Rondeau, último representante enfermizo del vigoroso centralismo gubernamental que había dado su impulso á la revolución. La revolución argentina, obedeciendo á su impulsión inicial y á los instintos populares, ejecutaba en ese momento su doble y peligrosa evolución, diseñándose sus dos tendencias características: la propaganda emancipadora en el exterior por las armas y los principios americanos por ella formulados: — la descomposición del mundo colonial en el interior, por la guerra social y el choque de las masas agitadas, impregnadas del espíritu disolvente de disgregación, que envolvía en el fondo un principio de transformación.

El ejército de los Andes era en aquel momento el último y único representante de la propaganda americana, que conservaba en medio de esta dispersión de las fuerzas morales y

materiales, la bandera y la espada redentora de la revolución argentina, con que los primeros ejércitos llegaron hasta el Desaguadero en marcha hacia Lima, y libertaron á Chile teniendo por objetivo lejano el Perú al través del mar Pacífico. Máquina de guerra y organismo calculado para realizar los objetos de esa vasta propaganda, el ejército de los Andes estaba dotado por su creador de las armas adecuadas á tal propósito y penetrado de la pasión de su empresa. Su permanencia en tierra extraña, lo había preservado del contagio de las pasiones deletéreas que trabajaban á los ejércitos argentinos en su territorio, y que ya habían contaminado por la acción del medio, las tropas que repasaran los Andes. El ejército de los Andes era, pues, una fuerza en el exterior y un peligro en el interior, y tenía que ser, ó pretoriano ó revolucionario en la patria ó libertador en América, y fué libertador obedeciendo á la impulsión inicial de la revolución argentina, cuya evolución completó en tal sentido.

En aquella situación confusa, San Martín, lo mismo que su ejército, no tenía sino dos papeles : ó montenero ó régulo en la patria, ó libertador en América ; á menos de desertar de su puesto de combate, arriando su bandera y abandonando á sus soldados al frente del enemigo tradicional. Optó por lo segundo, y tuvo la inspiración salvadora de la revolución americana, y así salvó la gloria de su patria, realizándose en él lo que el poeta dijera de otro grande hombre de fama europea :

Faltar pudo su patria al grande Osuna
Pero no á su defensa sus hazañas.

Á la expectativa del desarrollo de los sucesos ó trepidando aún respecto del partido que definitivamente debía adoptar en esta coyuntura, había anunciado al general del ejército del norte, que el 10 de diciembre se pondría en marcha con dirección á Buenos Aires, y que en obediencia de las ins-

trucciones del gobierno era su ánimo tomar el camino de la frontera que conducía directamente al Pergamino (29). Tres días después (el 25 de noviembre), anunciada por la orden general la marcha de la división con destino á la capital, recibía la noticia de haber estallado una revolución en Tucumán, apoyada por las tropas del ejército auxiliar acantonadas allí, con deposición de sus autoridades civiles, proclamación de su independencia provincial y prisión del general Belgrano. Comunicaciones que simultáneamente recibía de Córdoba, le confirmaban haberse descubierto la existencia de un plan de conspiración tramado por varios oficiales del ejército situado en Córdoba, de acuerdo con el movimiento de Tucumán, el que tenía ramificaciones en todas las provincias del interior, incluso la de Cuyo (30). Este hecho lo alarmó seriamente, y confirmóle en su propósito de alejarse del teatro de la guerra civil, á la que no encontraba remedio. En consecuencia, después de tomar sus precauciones á fin de que su provincia no fuese invadida por la anarquía general, ofició al gobierno :
« La sublevación de las tropas que guarnecían el Tucumán,
» unida á los avisos que he recibido por la vía de Córdoba,
» de que el movimiento de aquella provincia estaba de acuerdo
» con el que debía ejecutarse en ésta (Cuyo) luego que se
» verificase la salida del Ejército, me han hecho suspender la
» marcha que debía emprender el 11 por la mañana con di-
» rección á la capital. Pesadas estas circunstancias, espero
» se sirva comunicarme las órdenes que tenga por conve-
» niente sobre el movimiento de esta División. » Agregaba que un nuevo ataque que había sufrido, le obligaba á ir á

(29) Ofi. de San Martín al gobernador de Córdoba y al general del ejército del Perú en Córdoba, de 22 de noviembre de 1819. M. S. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII. Véase Apénd. núm. 25.)

(30) Ofi. de San Martín al teniente gobernador de San Luis, de 25 de noviembre de 1819. (Arch. San Martín, vol. XXVII. Véase Apéndice núm. 25.)

tomar los baños de Cauquenes en Chile por disposición de los facultativos, y que tenía la esperanza de hallarse mejorado y de regreso antes de recibir contestación á su oficio, participando á la vez quedar encargado del mando de las fuerzas de Cuyo el coronel Alvarado (31).

Cuando esto escribía el General de los Andes, su resolución estaba tomada de antemano, aun cuando todavía trepidase ante la inmensa responsabilidad que iba á echar sobre sus hombros. El 9 de noviembre, así que viera que empezaba á disiparse la tempestad señalada en el horizonte lejano, por el desbarate de la expedición española, escribía á O'Higgins, por mano de su secretario: «Tengo la orden de marchar á la » capital con toda la caballería é infantería que pueda montar; » pero me parece imposible poderlo realizar, tanto por la » flacura de los animales, como por la falta de numerario.» Y á renglón seguido borroneaba de su puño y letra en gruesos caracteres y profusión de mayúsculas, estos renglones: «*Reservado para usted solo.* — No pierda tiempo un solo » momento en avisarme el resultado de Cochrane, para sin » perder un solo momento marchar con toda la División á » esa, excepto un Escuadrón de Granaderos que dejaré en » San Luis para resguardo de la Provincia. Se va á descargar » sobre mí una responsabilidad terrible; pero si no se em- » prende la Expedición al Perú, todo se lo lleva el Diablo. » Dígame cómo está de artillería de Batalla y Montaña para » la expedición, pues si falta, podemos llevar la que tenemos » en ésta. Los montoneros se reunían el 14 en el Rosario, y » su plan era invadir la campaña de Buenos Aires. Tengo » reunidos 2,000 caballos sobresalientes, los que marcharán » á esa con la División. Si vienen noticias favorables de la

(31) Ofi. de San Martín al gobierno, de diciembre 7 de 1819. M. S. Arch. San Martín, vol. XXVII. Véase Apéndice núm. 25.)

» Escuadra, haga estar prontas todas las Mulas de Silla y » Carga del Valle (de Aconcagua), para que trasporten los » Cuerpos del Pie de la Cordillera á esa Capital » (32). Pero aun después de adoptada esta resolución, todavía daba espera á su ejecución.

VII

El oficio de San Martín participando su contramarcha (del 7 de diciembre), llegó á manos del director Rondeau en momentos en que éste al frente del ejército de Buenos Aires y próximo á dar la batalla final, recibía de todas partes avisos de que la república estaba en estado de disolución.

El general Cruz, jefe interino del ejército del norte, hombre recto, de juicio frío y decidido sostenedor del orden, escribía al director: «Córdoba se halla en su mayor parte » dispuesta á romper los débiles lazos que la unen al go- » bierno supremo: sus habitantes proclaman con desver- » güenza la federación, y como son los más audaces y muy » poco contrarrestados, logran extender más y más su » opinión. Si esta provincia se mantiene en una aparente » dependencia es por temor del ejército que mando; pero » tengo por evidente que poniéndome á una distancia en que » no corran riesgo, harán un movimiento estrepitoso. La » revolución sucedida en Tucumán ha puesto á los perturba- » dores en la mayor animosidad; ya cuentan con este apoyo » más, y sería en vano alejar algunos de sus principales » corifeos, porque la enfermedad es general, y cada día se

(32) Véase Apéndice núm. 19. (Correspondencia confidencial entre San Martín y O'Higgins.)